

GOVERNO REGIONAL DA MADEIRA

869814-000-001

~~HC-8458~~

330.15/504

historia

869814000001

HISTÓRIA E MEIO-AMBIENTE O IMPACTO DA EXPANSÃO EUROPEIA

CENTRO DE ESTUDOS DE HISTÓRIA DO ATLÂNTICO
SECRETARIA REGIONAL DO TURISMO E CULTURA
1999

04 FEB 2000

48.822



LA ACLIMATACIÓN A LOS TRÓPICOS: UN ELEMENTO RECURRENTE EN EL DISCURSO RACIAL EN CUBA *

CONSUELO NARANJO OROVIO

Centro de Estudios Históricos, CSIC
orovio@ceh.csic.es

A lo largo de la historia de América vemos que en muchas ocasiones no hubo nada mejor que el propio territorio americano, utilizado como laboratorio de experimentación de las teorías europeas, para comprender el alcance que algunas de éstas tuvieron. La heterogeneidad de la población americana, la naturaleza del hombre americano, la esclavitud, las poblaciones mestizas, etc. fueron temas de debate continuo entre los intelectuales, desde los médicos, biólogos o antropólogos, hasta los historiadores, pensadores políticos y literatos.

De estos temas, la aclimatación del hombre blanco al trópico, bajo cuyo término se encontraba desde la adaptación al clima de los trópicos, la capacidad para realizar determinados trabajos, a la resistencia a enfermedades, fue uno de los que suscitó mayor preocupación e interés ya que las teorías sobre el medio se combinaron con las teorías médicas y raciales enlazando de tal manera al hombre con el medio y, sobre todo con el clima, que se llegó a un determinismo geográfico. Según Darwin las “razas civilizadas” podrían resistir mejor, en general, a cualquier cambio que las “salvajes”. La inmunidad de las “razas civilizadas”, que comparaba con la de los animales domésticos, procedía probablemente del largo período de su adaptación al medio y de sus sucesivos cruzamientos entre los que él llamaba “familias y subrazas”. Desechó que el clima fuera el causante de la pigmentación de los pueblos, pero defendió que los negros e incluso los mulatos se libraban casi por completo de la fiebre amarilla en la América tropical, quizá, “por alguna peculiaridad desconocida de su constitución” y también como resultado de una aclimatación de larga duración ¹.

Este determinismo si por una parte beneficiaba a unas poblaciones sobre otras, marcaba, por otra, aún más las diferencias que a partir de los rasgos físicos

* Trabajo realizado dentro del Proyecto PB96-0868 (DGES).

¹ Darwin, Charles, *El origen del hombre*, Madrid, Edaf, 1970, pp. 180-187.

se querían establecer entre los hombres. De tras de él se defendían intereses económicos y se legitimaban actuaciones y sistemas sociales injustificables desde un punto de vista moral. En este sentido la imposibilidad de que el hombre blanco se aclimatase al clima tropical y a sus trabajos daba la razón a los defensores de la esclavitud y a los implicados en su trata².

En nuestro trabajo expondremos de forma resumida cómo, en primer lugar, bajo los intentos y teorías para demostrar la aclimatación del hombre blanco a los trópicos se escondían los deseos de la elite de blanquear la población y frenar la africanización en Cuba; en segundo lugar, la aclimatación fue también utilizada con fines económicos y políticos, por una parte, a partir de la década de 1840, se usó como argumento para defender la posibilidad del trabajo libre en la producción azucarera y, por otra, tras los Gritos de Yara y Lares, como medio de asentar colonos españoles que asegurasen el mantenimiento de las colonias.

En nuestra investigación expondremos los principales presupuesto científicos o pseudocientíficos que avalaron estas propuestas en el siglo XIX, así como las variaciones que dichas teorías comenzaron a experimentar a partir del último cuarto de siglo, en cuya modificación no sólo pesaron los nuevos conocimientos científicos sobre el medio ambiente, la genética o la herencia - además de variar el grado de influencia que se les atribuía ejercían sobre el individuo y la sociedad-, sino también los intereses económicos de los productores azucareros, la elevación del precio de los esclavos, en continuo ascenso tras la prohibición de la trata en 1817, y, por consiguiente, la escasez de brazos negros importados de África³. Por otra parte, la demanda creciente de mano de obra para desempeñar las tareas agrícolas y la necesidad de contar con colonos que poblasen los territorios e iniciaran su explotación, con lo que también pretendían formar un campesinado medio que fuera la base étnica, social y cultural de la nación en construcción motivaron que las teorías en torno a la aclimatación del hombre blanco al trópico fueran variando a favor de su adaptación.

² Entre los últimos estudios realizados sobre el tema de la raza y el clima hay que señalar el monográfico "Race and Acclimatization in Colonial Medicine", publicado en *Bulletin of History of Medicine*, núm. 70, 1996, pp. 62-125, que contiene los artículos de Anderson, Warwick, "Disease, Race, and Empire", pp. 62-67; Harrison, Mark, "The Tender Frame of Man": Disease, Climate, and Racial Difference in India and West Indies, 1760-1860", pp. 68-93, y Anderson, W., "Immunities of Empire: Race, Disease, and the New Tropical Medicine", pp. 94-118.

³ En otros estudios hemos desarrollado de forma amplia las teorías y debates científicos suscitados en torno a las poblaciones -capacidad intelectual, superioridad moral y biológica, capacidad de aclimatación, etc.- en función de su procedencia y color de la piel. Véanse, Naranjo Orovio, Consuelo, y García González, Armando, *Racismo e inmigración en Cuba en el siglo XIX*, Madrid, Doce Calles-FIM, 1996 y *Medicina y racismo en Cuba. La ciencia ante la inmigración canaria, siglo XX*, La Laguna, Tenerife, Centro de la Cultura Popular Canaria, 1996.

Aclimatación y blanqueamiento

"El español que pasa á residir en la Isla de Cuba ó se cubaniza ó muere ó al menos se inutiliza para sí, para la patria, para la familia, si no torna pronto al aire natal".

J. Garófalo

La intensidad de los debates en torno al clima y a las razas en Cuba se debe en buena parte a las características económicas y sociales de la isla, cuya evolución marcó, en gran medida, el dominio de unas ideas sobre otras. Las nuevas condiciones económicas e internacionales impuestas tras la supresión de la trata y su penalización internacional se combinó en el caso de Cuba con el miedo a la africanización. El fantasma de la negritud cobró peso y presencia para la elite al comprobar el incremento que la población de color había tenido en la primera mitad del siglo XIX; el censo de 1841 constataba el temor a la africanización y daba la razón a los defensores de la colonización como medio del blanqueamiento de la isla -en este censo la población blanca era inferior a la de color, un 42%; los datos además reflejaban la existencia de un mayor número de esclavos que de pobladores libres. Pero el temor a la negritud y a una posible rebelión de esclavos que alterase el orden establecido, y la existencia de una gran parte del territorio sin explotar y sin apenas habitantes no fueron los únicos elementos que actuaron a favor de la introducción de colonos libres. A favor de la colonización blanca actuaron otros factores, algunos ya apuntados, como el precio elevado que fue adquiriendo el esclavo en un comercio de contrabando y otras concepciones sobre el futuro económico y social de Cuba que previendo el futuro querían formar otras estructuras sociales y económicas con las que la isla fuera capaz de abastecerse así misma -a pesar de que la plantación era un sistema económico en esos momentos rentable y sumamente productivo-. El trabajo libre como alternativa que lentamente tendría que ir sustituyendo al trabajo esclavo fue cobrando fuerza a lo largo del siglo XIX, aunque su materialización fue desigual en número y en logros; para llevar a cabo este objetivo se presentaron numerosos proyectos de colonización, en algunos de los cuales se diseñaron ingenios azucareros en los que la fuerza de trabajo era básicamente libre.

Los promotores y defensores de la colonización blanca en una sociedad esclavista como la cubana eran conscientes de los numerosos obstáculos que tenían que vencer para hacer no sólo posible la llegada de colonos, sino para que el plan tuviera éxito, es decir que tuviese una continuidad y unos resultados similares a los diseñados en el proyecto. La existencia de una fuerte corriente migratoria de europeos hacia el Cono Sur americano motivó que en el seno de las Sociedades Económicas de Cuba y el Real Consulado de Agricultura,

Comercio e Industria de la Habana se cuestionaran las causas que propiciaban dicha corriente y alejaban de las costas de las Antillas españolas a los posibles colonos. Mientras unos consideraban que el trabajo esclavo era el factor que limitaba la llegada de colonos blancos al envilecer el trabajo agrícola, otros pensaban que el clima era el factor que frenaba la llegada y asentamiento de los europeos al trópico. Estos últimos se apoyaban en las tesis sobre el fatalismo del clima, insano para los inmigrantes procedentes de latitudes frías, y, sobre todo, en la creencia generalizada de que las poblaciones negras eran las más capacitadas fisiológicamente para trabajar y vivir en los climas tropicales. Como se ha comentado, la creencia en la inmunidad del africano a determinadas enfermedades endémicas de Cuba - como la fiebre amarilla o el cólera morbo-, por proceder de zonas también tórridas, así como la importancia que se le concedía al medio ambiente y, en especial, al clima llegaba a tal extremo que se pensaba que éste imprimía al hombre caracteres especiales, tanto físicos como morales y psicológicos, que estaban en consonancia con las condiciones climatológicas del país que habitaban. Para ellos la adaptación del africano, y en ocasiones del asiático, al trópico era prácticamente inmediata a su llegada, y no así la de los blancos en quienes las elevadas temperaturas y la gran humedad les provocaba algunas modificaciones fisiológicas que se reflejaban en su carácter y les volvía apáticos e indolentes⁴. Esta apatía e indolencia era a la vez utilizada por los hacendados partidarios de la esclavitud como prueba de que el trabajo agrícola en los trópicos sólo podía realizarse por esclavos, a quienes el clima de sus países ya había modificado sus caracteres y conducta.

Frente a las teorías sobre el fatalismo del clima, los promotores de la colonización blanca y aclimatación del hombre blanco a los trópicos propusieron proyectos en los que la "agresividad" del clima se mitigara adoptando determinadas medidas de carácter higiénico y estratégico como eran la elección de ciertas regiones del país y épocas del año para llevar a cabo los asentamientos de colonos, con las cuales podían paliarse, e incluso evitarse, el contagio de enfermedades. Precursor de estos estudios fue el médico cubano Tomás Romay, quien defendió la tesis de la posibilidad de aclimatación del europeo siempre que se tomasen las medidas higiénicas adecuadas. El examen de las zonas insalubres y salubres del país, el estudio de las epidemias -sobre todo del cólera morbo y la fiebre amarilla- de su localización e incidencia, le permitió elaborar una memoria en la que se establecían las normas elementales para el establecimiento de colonos en la isla. Una buena higiene combinada con una alimentación adecuada y una vivienda bien ventilada, levantada en lugares secos y elevados y en las zonas más salubres del país darían resultados positivos. A pesar de estas medidas, los colonos podían ser víctimas de enfermedades y epidemias por lo que

⁴ Dupierris, M., *Memoria sobre la topografía médica de la Habana y sus alrededores y sobre el estudio físico y natural de los colonos asiáticos*, La Habana, 1857.

Romay aconsejaba que debían tenerse en cuenta otras medidas como el tipo de trabajo y los meses del año más apropiados para la llegada de los colonos, indicando la temporada de octubre a febrero como la más adecuada⁵.

Desde 1816 Romay, como Secretario Permanente de la Comisión de Población Blanca -que a partir de 1818 pasó a denominarse Junta de Población Blanca-, fue el encargado de exponer los argumentos a favor del fomento de la agricultura y las artes útiles, para cuyo desarrollo era preciso llevar a cabo una política de colonización blanca. La existencia de amplias zonas yermas, la despoblación de gran parte de la isla que, además, la hacía ser codiciada y pasto de corsarios, contrabandistas y proscritos, así como la desproporción entre los habitantes divididos según su condición y color -blancos, libres de color y esclavos- eran los puntos centrales en los que se apoya Tomás Romay en su solicitud. Para ello Romay tomaba los datos del censo de 1811 según los cuales de 600.000 habitantes tan sólo 274.000 eran blancos. La introducción de colonos era la solución ideal que vendría a cubrir las necesidades de la Gran Antilla, fomentándose la población y otros cultivos como café, el trigo y el tabaco, e incluso el azúcar. Las palabras de Romay encierran las inquietudes de una parte de la elite blanca que, a pesar de beneficiarse del comercio de esclavos, estaba temerosa a una posible insurrección:

"Aun siendo tan precaria nuestra agricultura por falta de brazos para fomentarla, solo una necesidad irreparable por otros medios nos obligaría á valernos de una servidumbre tan gravosa como la de los negros, por los grandes capitales que en ellos se invierten, por la poca utilidad que produce su trabajo á causa de su natural rudeza y desidia, y por el temor que nos inspira el aumento de ellos sobre el número de blancos"⁶.

Preocupados por la salud del colono, ya en fecha tan temprana como 1818 se daban las primeras normas higiénicas con las que combatir la influencia del clima y las epidemias. Se recomendaba que los colonos no vagasen por las calles y que permanecieran en un lugar salubre, como era la villa de Guanabacoa, donde se instalaría una hospedería a la que se les trasladaría desde el barco y en la que permanecerían dos meses, hasta que consiguieran un trabajo. Mientras se construía la hospedería los colonos serían instalados por vecinos a quienes la Comisión retribuiría, en Guanabacoa, Güines, Matanzas y Guanajuay. Tanto los sanos como los enfermos permanecerían bien atendidos y alimentados en estos lugares durante dos meses, tiempo en el cual el colono iba adaptándose al nuevo clima. Un año más tarde, en noviembre de 1819, Tomás Romay exponía de forma amplia las normas higiénicas que debían guardar los colonos en la "Memoria en que se manifiestan las ventajas que conseguirán los colonos que pretendan establecerse en esta isla, prefiriendo su parte oriental, y las reglas de

⁵ Romay, Tomas, *Obras Completas*, 2 ts., La Habana, Academia de Ciencias de Cuba, 1965.

⁶ *Ibidem*, T. 2, pp. 139-143.

higiene que deben observar para conservarse sanos”, que fue presentada a la Junta de Población Blanca ese mismo año y publicada en las *Memorias de la Sociedad Económica de la Habana* el 31 de diciembre de 1819. En ella Romay mostraba la necesidad de que la colonización blanca fuera acompañada en todo momento de medidas higiénicas y preventivas con las que combatir las enfermedades infecciosas que ocasionaban la muerte de un elevado número de habitantes. De nada serviría poner en marcha los proyectos de colonización, ni la aplicación de la Real Cédula de 1817 si el colono estaba desprotegido contra las enfermedades como la fiebre amarilla que “invade con la mayor violencia á los que abandonen el suelo patrio”.

La epidemia de fiebre amarilla de 1819 que asoló Guanabacoa modificó los planes de Romay y la Comisión, recomendándose desde entonces que los colonos se dirigieran a otros puntos como Matanzas, Nuevitás, Cuba y Trinidad en los que la enfermedad no había causado tantos estragos y por no concurrir “las causas que alteran en éste los elementos de su atmósfera”⁷. Los meses más adecuados para la llegada de colonos no aclimatados a Cuba era, como hemos dicho, entre octubre y febrero, meses en los que el clima era más benigno y en los que los colonos no sentirían, afirmaba Romay, “una diferencia tan sensible en las cualidades del clima”. La influencia nociva del calor podía ser contrarrestada, comentaba el médico cubano, mediante la apertura de pozos y zanjas que dividirían y acotarían las heredades, a la vez de servir de curso a las aguas estancadas, cuyas exhalaciones eran causa de enfermedades. Durante estos meses el agricultor debía preparar el terreno para el cultivo, desmontándolo y limpiándolo de malezas:

“En las otras estaciones el calor no solo ofende á los labradores estimulándoles escesivamente, sino también por los vapores que estraee de la tierra cuando se abre y rompe la vez primera, y de los vegetales corrompidos entre los bosques cuando por las lluvias se inundan”.

Por otra parte, para combatir algunas de las enfermedades producidas por el calor aconsejaba Tomás Romay que aquellos que llegasen muy robustos, con los ojos y la cara muy colorados, y que comenzaran a tener dolores de la cabeza y asentirse agotados rápidamente, deberían someterse a sangrías, ya que las molestias las producía el exceso de sangre, no exponerse al sol, beber a las once de la mañana un vaso de agua de tamarindo o naranja y bañarse en agua fría. Asimismo recomendaba a todos sobriedad en general y, en particular, en la comida y bebida, reducir la ingestión de bebidas alcohólicas, dormir en lugares secos y cubiertos y evitar los contrastes cuando se estuviese acalorado, no beber líquidos fríos, ni bañarse o desnudarse al aire frío o húmedo.

En los años centrales del siglo XIX los paladines de la colonización se apoyaron en los trabajos de Romay y en otros, como los realizados por Pedro

⁷ *Memorias de la Sociedad Económica de la Habana*, La Habana, 31 de diciembre de 1819.

Armando Dufau, entre 1830 y 1840, y los estudios del médico francés Bordichon sobre la inmigración al trópico de los países cálidos -publicados en 1853-54 en las *Memorias de la Sociedad Económica de Amigos del País de la Habana*-, los cuales iniciaron un lento cambio en los planteamientos sobre la posibilidad de aclimatación para algunos pueblos blancos. En este sentido, Bordichon argumentaba que la denominada “raza trigueña” era la que mejor podía aclimatarse debido a sus cualidades diferentes a las de otros pueblos también blancos, razón por la que lograban una mejor adaptación que la de estos pueblos como los llamados de “raza aria”⁸.

Aclimatación y control político

Los conocimientos científicos en el campo de la biología, a partir de la segunda mitad del siglo XIX, y en concreto los relacionados con la herencia y su papel en la constitución de las poblaciones, contribuyeron a que el clima siguiera siendo un elemento importante en el discurso racial, en el que clima y herencia se combinaron y aplicaron no sólo a la colonización, sino a toda la sociedad. La utilización conjunta de ambos factores aportó nuevos puntos de discusión y nuevas teorías sobre la degeneración, que para algunos fue considerada producto tanto del mestizaje como del clima. Asimismo, el panorama se vio enriquecido con el desarrollo e institucionalización de la Antropología, y la formulación de nuevas teorías, especialmente del darwinismo. La aplicación de las nuevas teorías a la sociedad provocaron en Cuba, como en los nuevos Estados americanos, que las poblaciones y, en concreto, la inmigración y colonización fueran vistas de manera diferentes ya que no se trataba sólo de colonizar, sino de poblar como medio de gobernar, como dijera el estadista argentino Alberdi, pero poblar “bien”. De ahí que las políticas de colonización e inmigración estuvieran jalonadas por criterios de selección étnica a partir de los cuales se primaban unas poblaciones sobre otras.

Las condiciones geográficas y ambientales fueron para los seguidores de estas teorías los factores claves a partir de los cuales estudiar y entender la superioridad de unos pueblos sobre otros, y los logros materiales alcanzados por unos y no por otros. La incapacidad de algunos pueblos para progresar o crear “civilización” era consecuencia del clima y de las condiciones geográficas de la zona en la que vivían o de la que procedían. La “apatía salvaje” o el “sistema de indolencia estática” eran interpretados a la luz del determinismo geográfico, que desembocaba en un determinismo biológico, y que a la vez servían de justificación para el mantenimiento de las categorías raciales y del orden establecido.

⁸ Pons Guimerá, Miguel, “Inmigración de los países cálidos”, *Memorias de la Sociedad Económica de Amigos del País de la Habana*, T. 44, La Habana, 1853-54, pp. 271-265.

Otro factor político intervino para que en el último cuarto del siglo XIX se realizaran un mayor número de estudios en los que se intentaba demostrar la posibilidad de adaptación y aclimatación del hombre blanco a los trópicos. Siendo éstos unos momentos en los que la colonización y expansión de los europeos era una de las piezas centrales de la política europea es fácil de comprender el interés que la aclimatación suscitó entre políticos, economistas y médicos. Los estudios y la aplicación de las teorías pasaron a tener una gran importancia para el desarrollo de los países, surgiendo un gran número de trabajos sobre las posibilidades de la aclimatación de los europeos a zonas tropicales, desde las Antillas a la India, y las formas más adecuadas de llevarla a cabo: escalas en el viaje, medidas higiénicas a la llegada, etc... Aún admitiendo la aclimatación algunos científicos consideraban que ésta debía hacerse de forma gradual, de tal manera que el organismo fuera lentamente habituándose a los cambios y sufriera las mínimas modificaciones.

En el caso de Cuba y Puerto Rico, en distinta medida, la pretensión de lograr el blanqueamiento de la población se combinó a partir del inicio de la lucha armada, 1868, con otras consideraciones de tipo político que aconsejaban poblar las islas con colonos procedentes de la Península y Canarias como medio de contrarrestar los levantamientos contra la metrópoli. El establecimiento de colonias, algunas de ellas militares, cumpliría varios objetivos, un mayor y directo control político y una rehispanización del territorio que aseguraría el mantenimiento de la cultura española, contrarrestando la influencia de las culturas y poblaciones no blancas que en la Guerra de los Diez Años (1868-1878) había demostrado su "rechazo" a lo español⁹.

Como otros países coloniales, España también contó con científicos cuya obra contempló las aplicaciones económicas y políticas. Estos fueron los casos de los médicos Ramón Hernández Poggio y de Ángel Fernández-Caro y Nouvillas. El primero de ellos contaba en su curriculum con cargos en varias Academias extranjeras y españolas, entre ellas en la Academia de Ciencias Médicas de la Habana; fue también vocal de la Junta de Sanidad, subinspector médico y director del Hospital militar de Cádiz. La experiencia y las observaciones que realizó Hernández Poggio en Cuba, país en el que residió cuatro años, le llevaron a afirmar que el clima era el causante de las alteraciones fisiológicas que sufría el organismo cuando un individuo se trasladaba a un país de clima diferente al propio. El clima insano de la isla y las condiciones que tenían que sufrir los recién llegados, debido a la falta de expectativas que encontraban a su llegada y que chocaban con la idea de "hacer la América" que todos los jóvenes

⁹ Balboa Navarro, Imiley, "Colonización y poblamiento militar versus independencia. Cuba 1868-1895", *Rábida*, núm. 17, Huelva, 1998, pp. 139-149; Naranjo Orovio, Consuelo, "Hispanización y defensa de la integridad nacional en Cuba, 1868-1898", *Tiempos de América. Revista de Historia, Cultura y Territorio*, núm. 2, Castellón, 1998, pp. 71-91.

albergaban, hacían de ellos víctimas seguras de las enfermedades más comunes de dichos climas, como la fiebre amarilla y la disentería. Según él, el clima imprimía "á los seres sometidos á su influencia caracteres especiales en consonancia con sus condiciones climatológicas". Por otra parte, a partir de algunos datos sobre la mortandad en La Habana extraídos sólo de un período concreto, 1866 y 1870, que elevaban la mortalidad a un 43 por mil, calificaba el clima de la isla como insano. La elección al azar de estos años para fundamentar su teoría, así como las bases científicas y los autores que se apoyó para fundamentar su tratado fueron fuertemente criticados por Carlos J. Finlay ya en 1875.

Por ejemplo, para el caso de los climas tórridos Hernández Poggio comentaba que se producían modificaciones en la sangre y como consecuencia también en los órganos que verían alteradas sus funciones, sobre todo el hígado por ser éste el órgano donde, argumenta, "afluyen las causas morbosas, de aquí las congestiones, flógosis y otros padecimientos tan comunes en los países cálidos". La anemia era una de las consecuencias y enfermedades más significativas de estos climas, que al debilitar el organismo potenciaban la acción de las miasmas en los meses de mayor humedad:

"Así es frecuente ver en Cuba esa palidez de la piel, de los labios y encías, cierto abotargamiento, inapetencia, &c., caracteres que los europeos aclimatados presentan al cabo de cierto tiempo de permanencia en esta Isla, siendo mas frecuente observarla en las mujeres..."¹⁰.

Para evitar la mortalidad y enfermedad debería de hacerse una preparación previa a la llegada de los emigrantes que de forma paralela al cumplimiento de unas reglas higiénicas procurasen una adaptación paulatina al nuevo clima -al suelo, a las aguas, a las emanaciones morbosas...-. Influído por Lamarck, defendió en su trabajo *Aclimatación e Higiene de los Europeos en Cuba*, de 1874, que la aclimatación era un proceso individual, que se producía de forma gradual y en la cual se llevaba a cabo la transformación necesaria. Las modificaciones que sufrían los organismos por la acción de otros climas podían ser paliadas si la aclimatación se hacía de forma gradual, es decir mediante escalas en lugares con un ambiente y temperatura parecida a las del país al que se dirigían los europeos. Su conocimiento sobre el clima y condiciones geográficas de Canarias le llevó a plantear que la semejanza climática entre las Islas Afortunadas y Cuba tenía que ser aprovechado por el gobierno español para asegurar el éxito de la colonización en los trópicos. Para lograr la aclimatación Hernández Poggio, tras un análisis detallado de la geografía y clima de Cuba, indicaba las normas higiénicas y de alimentación debían seguirse, y los puntos de escala donde el individuo debía permanecer durante algunos días. La similitud del clima de Málaga y, sobre todo, de Santa Cruz de Tenerife hacían de ellos los

¹⁰ Hernández Poggio, Ramón, *Aclimatación e higiene de los europeos en Cuba*, Cádiz, Imprenta de la Revista Médica de D. Federico Joly y Velasco, 1874, p. 41.

lugares idóneos de aclimatación, en donde “la organización humana se adapta gradualmente á las modificaciones climatológicas diferentes á los que estaba habituado”.

Apoyándose en la historia, Hernández Poggio presuponía que su teoría era válida, ya que la adaptación de los canarios a Cuba y Puerto Rico así lo demostraba. Las costumbres, el clima y la vestimenta habían facilitado el cambio orgánico y les habían hechos inmunes a determinadas enfermedades graves que padecían los blancos al llegar al trópico. Por otra parte, la mayor proximidad cultural y climática entre los canarios y los habitantes de las Antillas habían contribuido de manera positiva a que la aclimatación, o como el denominaba, “la trasmutación del temperamento”, tuviera mayor éxito. Un dato avalaba aún más su teoría, la epidemia de fiebre amarilla que asoló Cuba en 1834 sólo causó el fallecimiento de sólo un 6% de los canarios que la habían contraído, debido, creían, a la inmunidad de éstos. Sin embargo, este hecho no demostraba que la aclimatación impidiese que el individuo se contagiase en otras ocasiones en situaciones diferentes, sobre todo cuando el organismo se encontraba más debilitado. Por otra parte, Hernández Poggio señalaba que la inmunidad conseguida por la aclimatación se perdía cuando el emigrante regresaba a su país, por lo cual era necesario que, en caso de que éste volviera al trópico, se sometiera de nuevo a todas las reglas que facilitaban la aclimatación.

Al igual que en 1819 Tomás Romay había aconsejado y dictado las reglas higiénicas que debían cumplir los colonos a su llegada a Cuba, Ramón Hernández Poggio de forma detallada cuáles eran en su opinión las principales reglas higiénicas. Dichas reglas, entre las que se encontraban la elección de la vivienda -orientación, materiales de construcción, terrenos de edificación., etc-, una adecuada y ligera vestimenta, el aseo corporal, la moderación en las comidas y su justa distribución a lo largo del día, el consumo de bebidas alcohólicas y aromáticas, el descanso adecuado y la realización de actividades fatigosas eran elementos que contribuirían a mantener un buen estado de salud y, por ende, a la aclimatación.

La preocupación por la higiene como elemento fundamental en el proceso de aclimatación del colono se recoge también en los informes sobre inmigración. Uno de ellos, elaborado en 1881 por la Junta Superior de Sanidad a petición del Negociado de Colonización, sintetiza el proyecto de redactar una memoria amplia sobre los preceptos de aclimatación y el régimen higiénico a que debían someterse los inmigrantes que llegasen a Cuba¹¹. Tras estudiar las influencias mesofólicas observadas en los inmigrantes, así como sus enfermedades la comisión de Sanidad encargada del informe sólo propuso que, ante la complejidad y trascendencia del tema, se abriese un concurso público al que

¹¹ Archivo Histórico Nacional (AHN), Madrid, Leg. 174/10, nº 14. Sección Ultramar, Fondo Cuba, Serie Fomento.

concurriesen científicos tanto de Cuba y de la Península como del extranjero. Se fijaba en un año el plazo para la presentación de las memorias, que podrían redactarse en español, inglés y francés; los estudios serían juzgados por una Junta de Instrucción Pública de la Real Academia de Ciencias Médicas de la Habana, de la Universidad y de la Junta Superior de Sanidad. El ganador obtendría 5.000 pesos oro y 200 ejemplares de la memoria publicada, además de una distinción por parte del gobierno, si éste lo considerase pertinente. Asimismo, para lograr su difusión y aplicación la Comisión consideraba que los contenidos del estudio galardonado deberían recogerse en una cartilla o manual que se distribuiría gratis entre los inmigrantes.

El proyecto presentado por la Comisión de Sanidad fue rechazado desde el Gobierno General de la isla al considerar que era demasiado dilatado en el tiempo, que ocasionaría gastos elevados y que urgía tener una manual o reglamento sobre las reglas higiénicas básicas que los inmigrante deberían observar a su llegada y durante los primeros meses de estancia en Cuba. Por ello, se le encomendaba a la Junta Superior de Sanidad que elaborara ese pequeño reglamento en el plazo más breve posible.

El otro estudio de gran interés es el del médico naval español Ángel Fernández-Caro y Nouvillas, quien a lo largo de su carrera se mostró especialmente interesado por la higiene, la antropología, a la que calificaba como una ciencia que abordaba “el estudio del hombre no sólo como individuo, sino como colectividad en sus múltiples manifestaciones físicas, morales e intelectuales”, y la geografía médica, entendiéndola por ésta la ciencia encargada de estudiar la distribución de las enfermedades en las diferentes zonas de la tierra. El presupuesto del que partía la geografía médica, al relacionar las enfermedades del individuo con la zona que habitaba, derivó a estos especialistas a estudiar el clima y la posible relación y dependencia con las enfermedades. Para Fernández-Caro el clima no era el factor que determinaba una enfermedad, ya que cada pueblo -que él denominaba raza- tenía una actitud especial para hacer variar las manifestaciones morbosas, “cada raza de individuos modifica de un modo diverso las manifestaciones morbosas. Cada clima, cada suelo tiene su flora, pero no tiene su enfermedad” comentaba Fernández-Caro.

De sus estudios nos interesa destacar la forma novedosa con la que explicaba la aclimatación en *El clima y el hombre*, editado en Madrid en 1887, en el que resaltaba la capacidad, e incluso superioridad, del pueblo español para asentarse en otros países y latitudes, al igual que las grandes potencias europeas lo hacían¹². Darwinista en algunos planteamientos, Fernández-Caro pensaba que la

¹² Fernández-Caro y Nouvillas, Ángel, *El hombre y el clima*, Discurso de recepción en la Real Academia de Medicina, Madrid, 1887, pp. 31-32, y “Estudios antropológicos”, *Anales de la Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de la Habana*, la Habana, tomo XIX, 1882-1883.

aclimatación no dependía del individuo, sino que era una cualidad que tenía la humanidad y algunos pueblos. Para él la "raza" era el resultado del mestizaje, de la adaptación al medio y de la aclimatación. No entró en la discusión sobre el origen del hombre, el monogenismo o el poligenismo, ya que este debate no le aportaba datos nuevos a su teoría sobre la capacidad del individuo para aclimatarse y partía de que la idea de la aclimatación era independiente al origen del hombre. La herencia y el medio eran los factores que marcaban los rasgos y propiedades del individuo y determinaban la etiología de las enfermedades. La interacción armónica entre el hombre y el medio producía la conservación y perpetuación del individuo, sin ese equilibrio, el individuo desaparecía más pronto o más tarde. Para él la influencia del medio sobre el individuo era un hecho incuestionable y sin saber explicar bien los factores que intervenían en el proceso, afirmaba que las razas se formaban por las modificaciones que el medio ejercía sobre ellas, y ponía de ejemplo al criollo de las Antillas que, siendo producto de individuos de una misma raza, extraños al clima tropical habían ido modificando su cuerpo hasta producir una subraza con caracteres propios y, añadía, "lo que es más admirable, con condiciones fisiológicas determinadas".

Tampoco sin poder explicar las causas, afirmaba que existía una inmunidad diferente en cada raza como se había demostrado a lo largo de la historia. Según su tesis, en la que combina factores como el clima con la genética, el hombre no nacía aclimatado a todos los países, por lo que el "cosmopolitismo" no era una cualidad inherente a él -como defendían los partidarios de la unidad de la especie humana-, pero sí lo era respecto a la humanidad. Para Fernández-Caro el hombre no era cosmopolita pero sí aclimatable por la acción directa del medio ambiente. Señalaba que el "cosmopolitismo" (es decir, la capacidad de vivir indiferente en cualquier parte del globo) y la aclimatación estaban íntimamente relacionados, no pudiendo existir cosmopolitismo sin facultad de aclimatación; ambos eran resultado de un período muy amplio, incluso de siglos, en los que se habían producido continuos cruzamientos entre distintos pueblos, que habían dado como resultado la aparición de una "nueva raza"; un nuevo pueblo que había heredado las mejores cualidades y que hacían de él un pueblo superior:

"El atavismo lucha contra la formación de razas nuevas; el medio tiende siempre a la mejora del individuo, produciendo modalidades que le acomodan a las condiciones en que ha de transcurrir su existencia.

Esta acción combinada explica, hasta cierto punto, la formación de las razas y la persistencia de los tipos, conciliando la teoría de la unidad de la especie con la diversidad etnológica"¹³.

Al hacer depender la aclimatación de los pueblos y no del individuo mantenía que había pueblos que se adaptaban mejor que otros, unos pueblos

¹³ Fernández-Caro y Nouvillas, Angel, *El hombre y el clima*, Opus cit., p. 14.

superiores que, producto del mestizaje, habían logrado adquirir unas características genéticas y fisiológicas que facilitaban su aclimatación a otras latitudes, y que transmitían por la herencia. Sus investigaciones le llevaban a señalar que el pueblo español, la "raza española", sumamente mestizada, poseía unas cualidades superiores para la colonización de otros países y, en concreto, para su asentamiento y adaptación a las Antillas. La aclimatación era, por tanto, una aptitud transmitida por herencia, no era una aptitud individual sino de un pueblo en general. A partir de estas observaciones aconsejaba a los gobiernos que la colonización se realizase con pueblos cuya raza no estuviera muy distante a la raza nativa y se favoreciera la mezcla de razas. El producto de la colonización, de la mezcla, tenía que ser una raza aclimatable y la fundación de un nuevo país.

Una posición enfrentada a las mantenidas por estos científicos españoles fue la del médico francés Henri Dumont, quien continuó negando la adaptación del europeo a los climas tropicales a partir de las investigaciones que realizó en Cuba y Puerto Rico entre las poblaciones esclavas y, en especial, sobre la anatomía y patología de las "razas"¹⁴. Dumont mantenía que cada pueblo tenía una patología especial y una inmunidad particular, ya que pensaba que cada raza tenía una predisposición a adquirir una determinada enfermedad. En sus trabajos Dumont se mostró contrario a la llevada de blancos a los trópicos, tanto por su escasa capacidad de aclimatación y las enfermedades que ello les ocasionaría -pérdida de la riqueza orgánica, elefantiasis, etc-, como por las consecuencias negativas que traería el cruzamiento de blancos y negros.

Como han estudiado otros investigadores, Armando García González principalmente, las instituciones científicas cubanas fueron centros de discusión de las principales teorías científicas del momento; sus debates, que quedaron reflejados en sus memorias y publicaciones, nos acercan con precisión al ambiente vivido en ellas¹⁵. En éstas, y en especial en la Sociedad Antropológica de la Isla de Cuba, el clima se trató de forma reiterada en distintas sesiones. Al igual que en otras sociedades científicas de Europa y España se discutió si la aclimatación era un fenómeno individual o colectivo, y si dependía de la "raza" del individuo. A favor de la adaptación y aclimatación del europeo, y en concreto de los españoles, se decantaron varios científicos cubanos como José Varela

¹⁴ Dumont, Henri, *Investigaciones generales sobre las enfermedades de la raza que no padecen de fiebre amarilla y estudio preliminar sobre la enfermedad de los ingenios de Azúcar, o Hinchazón de los negros y chinos*, Cárdenas, 1865; "Antropología y Patología comparadas de los hombres de color africanos que viven en la Isla de Cuba", *Revista Bimestre de Cuba*, ts. X y XI, La Habana, 1915-1916, pp. 161-420 y 15-90. Dumont, Henri, *Ensayo de una historia médico-quirúrgica de la Isla de Puerto Rico*, la Habana, 1875.

¹⁵ Rivero de la Calle, Manuel, *Actas de la Sociedad Antropológica de la Isla de Cuba*, La Habana, 1966; García González, Armando, *Actas y resúmenes de Actas en la Sociedad Antropológica de la Isla de Cuba en publicaciones del siglo XIX*, La Habana, 1988.

Zequeira, quien, en octubre de 1880, defendió que la herencia era el factor que condicionaba y posibilitaba la aclimatación: "las desviaciones acumuladas durante la vida individual, y este supuesto implicaba una inducción de suma importancia. Para que una peculiaridad individual congénita ó adoptiva se convierta en rasgo heredado, es requisito indispensable que afecte de una manera profunda al organismo ó repercuta en el sistema reproductivo, y tanto más vigorosa y duradera será la transmisión, cuanto más persistan en las futuras generaciones las circunstancias determinantes del nuevo carácter".

Sus investigaciones sobre la influencia de la herencia y la composición étnica de Cuba le condujeron a defender la colonización blanca como el medio más eficaz para contrarrestar la influencia africana en la cultura y en la "raza" cubana.

Si bien hubo otros médicos y antropólogos que intervinieron en los debates, como Carlos de La Torre, en este trabajo sólo comentaremos los estudios realizados por Carlos J. Finlay sobre el clima¹⁶. En el Informe que tuvo que hacer sobre de la Memoria "Aclimatación e Higiene de los Europeos en Cuba", cuando Hernández Poggio la presentó a concurso en la Real Academia de Ciencias Físicas, Naturales y Médicas de la Habana, en 1875, rebatió la tesis sobre la existencia de climas benignos y otros climas insalubres, en los que eran más frecuentes las enfermedades infecciosas y las epidemias. En "Apología del clima de Cuba" criticó las teorías de Ramón Hernández Poggio, no tanto sus conocimientos como sus argumentos sobre la insalubridad del clima cubano; unos argumentos manejados por otros autores como Juan Espada, Michel Levy y M. Calle y que se adaptaban más a la realidad de otras islas antillanas cuyos climas, más cálidos y húmedos, no eran similares al de Cuba, como en las Antillas francesas.

Apoyándose en sus investigaciones criticó los argumentos dados por el Dr. Poggio sobre la influencia de elevadas temperaturas en el organismo humano y las tesis que achacaban a los climas cálidos y húmedos la apatía y la indolencia de su población. Las tasas de mortandad reseñadas por Hernández Poggio -para el quinquenio 1866 y 1870 daba como promedio anual el 43 por mil en La Habana- no eran en opinión de Finlay fiables pues partían de cálculos erróneos y se referían a un período excepcional, en el que la epidemia de cólera asiático había azotado la isla. En su lugar, y con el fin de lograr resultados que pudieran aplicarse a los planes de inmigración Finlay planteó que se analizase la mortandad anual de la población blanca indígena y aclimatada, además de las causas excepcionales que no eran consecuencia del clima, y que se estudiase la mortandad ocasionada solo por la fiebre amarilla¹⁷.

¹⁶ Finlay, Carlos J., *Obras completas*, 5 Ts., La Habana, Academia de Ciencias de Cuba, T. I, 1965 (1965-1971).

¹⁷ Finlay, Carlos J., "Informe acerca de la Memoria *Aclimatación e Higiene de los Europeos a Cuba*, presentada con opción a uno de los premios de la Real Academia", *Anales de la*

Apoyándose en las estadísticas demostraba la falsedad de los argumentos sobre la falta de aclimatación del europeo a Cuba, que registraba una tasa de mortalidad inferior a la de otras poblaciones y similar a la observada en capitales europeas y americanas - mientras que entre la población blanca de la Habana la tasa de mortalidad era del 25'2 por mil, entre los asiáticos ascendía al 67 por mil-. Sus estudios le permitieron defender la aclimatación del hombre blanco al trópico al constatar que la mortalidad dependía más de las costumbres "inmorales" y de la higiene que del clima. Así lo demostraba la reducida mortandad de la población blanca inmigrante fuera de La Habana -en toda la isla la mortandad de la población blanca era del 22 por mil-; la proporción menor en la tasa de mortalidad en la población blanca que en la de color; la elevada tasa de mortalidad de la población asiática en La Habana -la cual atribuía a su vida y costumbres inmorales y al consumo de opio y alcohol-; la situación ventajosa del clima de Cuba desde un punto de vista barométrico en comparación con otras Antillas; la mortandad de La Habana que seguía siendo inferior a la registrada en algunas ciudades europeas; y, finalmente, los datos de algunos departamentos, como el Departamento Occidental, que presentaba una mortandad del 18 por mil repartidos casi de forma proporcional entre los nacidos en la península, en Canarias, en otros países del extranjero y los nacidos en la isla. Finlay también llamaba la atención sobre las defunciones en La Habana causadas por la fiebre amarilla y señalaba que, en un elevado porcentaje, las víctimas se contaban entre la población transeúnte.

Por otra parte, tras observar la tasa elevada de fecundidad en las mujeres blancas -con una tasa de fecundidad mayor que las mujeres de color- y, sobre todo, la tasa elevada de mortalidad de la población de color -mayor entre la libre que entre la esclava-, Finlay argumentaba que dicha población no poseía las aptitudes necesarias para reproducirse en Cuba, lo cual le reafirmaba en su postura contraria a aquellos que hacían depender la aclimatación del hombre blanco del cruzamiento con poblaciones de color y apoyaba los argumentos de los defensores, como Finlay, de la inmigración y colonización blanca en Cuba en la que el científico basaba el crecimiento demográfico del país. A partir de ello Finlay concluía su estudio afirmando que el clima de Cuba era uno de los más saludables del mundo para la raza blanca; a pesar de ello reconocía que el inmigrante blanco asentado en La Habana o en otras partes del litoral, por una sola vez padecería la fiebre amarilla pero no tanto por la influencia del clima como por las malas condiciones higiénicas, por lo que aconsejaba que durante el primer año de permanencia en Cuba y, en particular, en La Habana el inmigrante guardara determinadas reglas higiénicas en su vida diaria que le permitirían

Real Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de la Habana, t.2, la Habana, 1875, pp. 66-84.

adaptarse lentamente. Terminaba señalando, también de forma rotunda, que la raza de color se mantenía en Cuba con gran dificultad ya que dependía no tanto de su reproducción natural como del cruzamiento con las razas europeas, y que su disminución no obedecía al régimen de trabajo al que había estado sometido pues la mortalidad era superior entre la población de color libre que entre la esclava. La inmigración blanca y la colonización de los territorios despoblados del país a base de colonos blancos era para Finlay, como para la gran mayoría de los intelectuales y gobernantes en este período, la solución perfecta para el futuro y desarrollo de Cuba¹⁸.

Otro factor que se relacionó y se hizo depender del clima fue la delincuencia. En el caso de Cuba, ya en el siglo XX, el intelectual que volvió a analizar el problema de la raza, la colonización y el clima fue Fernando Ortiz. En 1906 en su artículo "La inmigración desde un punto de vista criminológico" señalaba la importancia que tenía para un país elegir los inmigrantes más adecuados. Para ello recurría a explicaciones lombrosianas -en unos años en que la obra de Ortiz todavía guarda bastantes proximidad a la Escuela Positivista Italiana-, y haciendo énfasis, en primer lugar, en estudiar el grado de criminalidad de los países originarios de los inmigrantes. Para ello proponía estudiar la influencia que en la criminalidad de un país tenían factores tan diversos como la raza, el sistema de trabajo, la criminalidad, la población, la instrucción, la religión, el estado civil, etc.¹⁹, se rechazaba las inmigraciones asiáticas y negras, cuyo elevado grado de criminalidad ya lo habían demostrado en Cuba, y recomendaba que se favoreciera la inmigración blanca. En este punto es en el que comienza nuestro análisis para el tema que desarrollamos.

Una vez elegida la inmigración blanca como la más adecuada, había que seleccionar qué país o países eran los que tenían los individuos más aptos para Cuba. En su discurso Ortiz combinó factores climáticos con índices de criminalidad, indicando que los países del norte, las zonas frías eran las que presentaban un menor índice de criminalidad; a pesar de ello Ortiz recomendaba la inmigración de individuos de zonas más templadas, del sur de Europa, cuyas costumbres y usos eran más similares a los de la población de Cuba con la que se

¹⁸ Finlay, Carlos J., "Apología del clima de Cuba", *Gaceta Médica de la Habana*, año I, núm. 2, la Habana, 1878, pp. 1-3; véase también Finlay, *Obras Completas, Opus cit.*, T. 1, pp. 173-174. El estudio "Apología al clima de Cuba" fue contestado por el médico Juan Espada ("Breves Observaciones a la Apología del clima en Cuba"), quien señalaba que además de la fiebre amarilla en Cuba eran motivo de una elevada mortandad otras enfermedades como el paludismo, la tisis y la anemia. Este y otros argumentos fueron rebatidos por Finlay en 1879 en "Apología del clima de Cuba (II)", que publicó en la *Gaceta Médica de la Habana*, año II, núm. 5, la Habana, 1879 y que también se encuentra incluido en las *Obras Completas* ya citadas, pp. 175-181.

¹⁹ Ortiz, Fernando, "La inmigración desde un punto de vista criminológico", *Derecho y Sociología*, año 1, núm. 5, mayo, La Habana, 1906, pp. 54-64.

podrían fundir antes. La determinación de la conducta social del individuo y de un pueblo por su clima no ofrecía duda alguna:

"Los pueblos meridionales de Europa son los que dan más delitos de sangre, es decir, de esos delitos bárbaros en los cuales muéstrase plenamente la impulsividad exagerada, el atraso psíquico propio de los actuales pueblos mediterráneos. En cambio los pueblos del Septentrión dan una mayor delincuencia fraudulenta, hija de su más intensa intelectualidad y del mayor progreso de sus individuos".

A pesar de sus convicción, Ortiz introducía la posibilidad de variaciones dentro de los países, el norte era diferente al sur, y tenía en cuenta otros factores modificativos que podían inclinar la balanza hacia otros inmigrantes. En este caso, la adaptabilidad del inmigrante al suelo cubano, un factor -puntualizaba Ortiz- íntimamente ligado a la raza, era el elemento que debería de tenerse en cuenta sobre los demás pues, decía, "allí donde la inmigración se adapta, produce una criminalidad reducida; donde se mantiene siempre separada del medio ambiente ó es pasajera é inestable, desarrolla una delincuencia exorbitante".

Tras su elección Ortiz hacía una salvedad y volvía a retomar las ideas sobre la influencia del clima en el individuo, en su temperamento e incluso en su fisiología y comentaba que a pesar de traer inmigrantes del mediodía de Europa, tenían que importar nórdicos "necesarios para que inyecten en la sangre de nuestro pueblo los glóbulos rojos que nos roba la anemia tropical, y siembren entre nosotros los gérmenes de energía, de progreso, de vida, en fin, que parecen ser patrimonio hoy de los pueblos más fríos".

La formación y definición de la sociedad y futura nación cubana se perfiló conforme a los paradigmas científicos que primaban al hombre blanco sobre el individuo de otras etnias. Paradigma de la civilización y el progreso, el hombre blanco fue elegido como el mejor poblador para llevar a cabo el proyecto civilizatorio y, para ello, se echó mano de ciencias como la antropología y la medicina que, en ocasiones al servicio de los intereses de la elite, dieron los argumentos que legitimaron la selección étnica y el discurso racial discriminatorio. Las ideas sobre la apatía salvaje o la indolencia tropical han permanecido y pervivido con fuerza hasta nuestros días en los que, a pesar de las evidencias científicas, el hombre sigue siendo clasificado y valorado en función de su color, su aspecto físico o lugar de procedencia, manteniéndose creencias sobre las desigualdades fisiológicas y capacidades intelectuales generadas a partir de climas y latitudes diferentes.